

LUCIO ANNEO SENECA

PRIMER ESCRITOR ESPAÑOL DE ALCANCE UNIVERSAL (*)

Por JUSTO VICUÑA SUBERVIOLA, Ca-
tedrático de Latín del Instituto "In-
fanta Isabel de Aragón", de Barcelona.

DESEARIAMOS señalar objetivamente y sin ditirambos el lugar que ocupa la discutida figura de Séneca en el mundo literario y su calidad de español. Séneca no necesita aquí en España ditirambos: no pocos hombres del pueblo tienen un saco de refranes y sentencias —como lo vemos en Sancho Panza—, y saben que Séneca es el padre de muchos de ellos. Por eso cuando un rústico quiere ponderar la profundidad y sensatez de alguien exclama: «es un Séneca».

Y en verdad Séneca es uno de los hombres que han dejado huella indeleble en la historia del pensamiento moral. Como orientador de conductas, como intérprete del inagotable *nosce te ipsum*, su nombre figura al lado del de Sócrates, Platón y Cicerón, sus predecesores.

Ellos, en sus profundas meditaciones sobre el verdadero ser del mundo moral, contribuyeron, dentro del paganismo, más que nadie, al verdadero progreso de la humanidad, que es ante todo el moral. Por eso, ni la región en que nacieron, ni la lengua en que escribieron, podrá olvidarse mientras haya en el mundo quien medite sobre nuestro origen, nuestra naturaleza y nuestro desenvolvimiento.

Para desarrollar nuestra lección, nos parece conveniente tratar, aunque someramente, estos cuatro puntos:

- A) Romanización de España en la época de Séneca.
- B) Su obra literaria.
- C) Su influencia.
- D) Españolismo de Séneca.

A) La Romanización de España

Cuando un país de cierta cultura quedaba sometido a Roma, ésta ejercía tal atractivo sobre los ingenios más instruidos y despiertos de la región, que pronto se convertían en defensores del nuevo orden de cosas y se consagraban a celebrar, con tanto entusiasmo como los propios romanos, las empresas e instituciones de Roma, y hacían causa común con los hombres más representativos del nuevo Estado. Recuérdense aquí los nombres de Livio Andrónico, Ennio, Terencio, Plutarco.

(*) Lección dada en el acto de conmemoración de la muerte de Séneca en el Instituto "Infanta Isabel de Aragón", de Barcelona (7 dic. 1965).

No sucedió de otra suerte en España. Aunque la resistencia había sido grande en las zonas menos ocultas, la reomanización llegó a ser intensa en todas las regiones poco después de sometidas. Y así las luchas políticas de Roma en el siglo I a. J. tienen amplia resonancia aquí, como vemos ya en la guerra de Sertorio.

Las gentes de Hispania aceptaron fácilmente la cultura superior que los romanos aportaban con sus legiones, sus funcionarios y colonos.

Menéndez Pidal ha señalado magistralmente la temprana influencia de los hispanos en la vida, ideas y cultura de Roma, La Bética, muy avanzada culturalmente ya en la época prerromana, también se distinguió luego mucho más por su afán intelectual.

De la culta Turdetania saldrán los primeros hispanos que reciben la ciudadanía romana y actúan en la vida pública de Roma. El ansia de participar en ella y de saber, en ciudades de la Bética como Gades y Córdoba, fue grande, como veremos a continuación.

En Cádiz nacieron los dos Balbos, que son los primeros provinciales elevados al Consulado. A Lucio Cornelio Balbo le concede Pompeyo, en premio a sus servicios, la ciudadanía romana. Acompañado de varios poetas cordobeses, Balbo fue a Roma con Metelo, trabó íntima amistad con César, y fue el primer provincial nombrado Cónsul. Años después su sobrino Balbo el Menor alcanzó la misma magistratura y además los honores del triunfo y fue el primer no nacido en Italia que los obtuvo. Los Balbos toman decididamente el partido de César y de Octavio en las luchas civiles que han de desembocar en la creación del Principado de Augusto.

Las provincias acogieron con simpatía la nueva magistratura que venía a protegerlas contra la codicia de la aristocracia republicana y que luego las equiparó con Italia. La intensa participación de España en la vida pública del Imperio la demuestran los dos grandes emperadores que de aquí partieron: Trajano, el mejor de todos ellos, y Teodosio.

La participación intelectual de los hispanos fue también muy activa y gloriosa. Cádiz y Córdoba no vacilaban en enviar a sus mejores hijos a Roma a procurarse la más exquisita formación. Su aplicación y provecho fue tal que la dirección del pensamiento romano en el siglo I la llevaron en la propia Roma los hombres de Hispania. A los altos nombres de Cicerón, Virgilio, Horacio, Ovidio y T. Livio, suceden ahora los de ambos Sénecas, Lucano, Columela, Pomponio Mela, Quintiliano y Marcial. Ellos se compenetraron con los ideales de Roma y contribuyeron a la mejora del mundo romano al mismo tiempo que marcan nuevos rumbos en él. La actividad intelectual de estos ingenios es múltiple.

Séneca, cuya muerte conmemoramos, acierta con el estilo, que aquella generación buscaba, de frases breves, cortadas, sorprendentes, de pasión, de contraste e irregularidad, frente a la armonía, equilibrio y perfección de los clásicos, y es el primer español de valor universal; Lucano compone uno de los últimos poemas épicos notables en lengua latina; Marcial inmortaliza su nombre mediante epigramas agudos; Quintiliano, considerado por el gran historiador alemán Mommsen como uno de los hombres más conspicuos de Roma, trata de reaccionar inteligentemente contra el

nuevo estilo; Pomponio Mela se especializa en Geografía, como Columela en Agricultura.

El afán intelectual de los Hispanos residentes en Roma, era febril, a juzgar por sus frutos. Clima tan apropiado es condición indispensable para que florezcan águilas. Sólo en él pudo remontar su vuelo la que llamamos Séneca. Datos minuciosos sobre su educación y estudios se os han dado en la biografía. (Sobre el parrf. A v. *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal y la de Valdeavellano).

B) La obra literaria de Séneca

Aunque se ha perdido una parte notable de ella, lo que resta es aún importante. De su obra **De Matrimonio** sólo conocemos algún fragmento por citas de los Santos Padres; de alguna otra, sólo el título, como p. e. **De los Terremotos**; otras habrán desaparecido sin dejar huella. Así, no sabríamos que había escrito un tratado sobre la amistad, de no haberse descifrado ca. 1820, en un palimpsesto del Antiguo Testamento, las dos últimas líneas del tratado. No nos quedan ni sus poesías —si bien corren con su nombre unos Epigramas de autenticidad discutida—, ni sus discursos, ni varios tratados científicos (sobre Geografía y Ciencias Naturales).

Las obras suyas que perduran son:

1.º Los llamados 12 libros de Diálogos. Son 10 tratados de un libro cada uno, excepto el de **Ira** que incluye tres libros

2.º Los tratados, también filosóficos, **De Clementia** (2 libros) y de **Beneficis** (7 l.) a los que no suele aplicarse el título de Diálogos.

3.º Las **9 Tragedias**.

4.º **La Apokolokyntosis**, sátira contra Claudio.

5. **124 Cartas a Lucilio** (aunque escribió bastantes más).

6.º Las **Naturales Quaestiones**, estudio racional de la naturaleza, en que introduce con frecuencia reflexiones morales.

Gracias a su viva inteligencia y al dominio de una lengua muy trabada por los clásicos, trató, como se ve, géneros muy variados.

De casi todas sus obras se os han leído fragmentos selectos. Con ello os habéis hecho cargo de los asuntos que Séneca discute, de su estilo vibrante y enfoque agudo.

Sin duda sus debilidades morales, que conocéis por la detallada exposición de su vida, han proyectado su sombra sobre sus méritos literarios. Y así, los más duros censores de su conducta, suelen serlo de sus obras. En estos últimos 20 años han aparecido muchos trabajos serios sobre Séneca; casi todos son laudatorios y se afanan por descubrir los aciertos del escritor.

Nosotros expondremos a continuación unas generalidades acerca de la obra de Séneca en los dos puntos siguientes:

1.º Obras Filosóficas-morales (tratados y cartas)

Todas las obras del 1.º y 2.º grupo, arriba establecidos, deberían llamarse diálogos, pues el sistema de exposición es idéntico en ambos y hay indicios de que el mismo Séneca así lo hacía (ver Prólogo de sus Tratados por Prechac y Bourgerie, *Belles Lettres*). Pero como el códice más antiguo, el *Ambrosianus* de la Biblioteca de Milán, sólo llama Diálogos a los tratados del primer grupo, se continúa respetando esta denominación.

El diálogo era el procedimiento socrático por excelencia para fijar y ampliar conocimientos y lo usaron después de Sócrates los filósofos y moralistas de todas las escuelas, particularmente los estoicos. Unas veces eran verdaderos diálogos como los de Platón y Cicerón, donde intervienen realmente distintos personajes, cada uno con su propia idiosincrasia, opiniones, y manera de pensar; otras veces como en Séneca, sólo interviene el autor y un supuesto personaje anónimo que pone dificultades y hace frecuentes preguntas. En realidad es un diálogo del autor consigo mismo. El procedimiento es tan familiar a Séneca que lo emplea incluso en las Cartas, e. d., en todas las obras en que discuta problemas morales. En todas ellas, el estilo es el típico de Séneca, diametralmente opuesto al de los clásicos; y aunque él admiraba a Cicerón, Virgilio, etc., nunca abandonó su propio estilo, pues la gente de mundo a quién se dirigía, apetecía aquel lenguaje, cortado, sorprendente e ingenioso. Y según parece, nunca lo cambió. En todo caso las calculadoras electrónicas nos podrán aclarar pronto este y otros problemas estadísticos, como por ejemplo el de la cronología de sus obras, pues Séneca es acaso el primer autor antiguo a cuyos escritos se le están aplicando en Bélgica estos artilugios.

Tampoco en su pensamiento filosófico se puede ver progreso o nuevas teorías. En realidad, la pura teoría, sin relación con la moral no le interesa. En esto actúa como un auténtico romano. Los temas no son muy variados, pero él es capaz de darles una variedad casi infinita, añadiendo nuevos ejemplos o nuevos puntos de vista. Encontramos acaso monotonía en el conjunto, pero sorpresas en los detalles. Ameniza la exposición con anécdotas, rasgos pintorescos o maliciosos.

Hombre cargado de mucha experiencia, pero también de muchos remordimientos y fracasos morales, se nota que, cuando en sus tratados y cartas aconseja a otros, a sí mismo se aconseja. El, tanto como Paulino a quién dedica el *De Brevitate Vitae*, tiene necesidad de persuadirse de que la vida no es demasiado corta para quién sabe emplearla. Su continuo bucear en el mundo de la conciencia, le ha dotado de una penetrante intuición psicológica pareja a la de nuestros místicos.

Retirado voluntariamente de la vida cortesana para dar ejemplo de vida austeramente, escribe las *Cartas a Lucilio*, que forman el verdadero testamento de su filosofía y experiencia. Lo que Séneca no pudo conseguir en su alta posición política: dirigir el orbe de acuerdo con sus ideas, lo alcanzó mucho más con sus cartas, con las que pasó a ser director espiritual del mundo culto de su época y en gran medida de las siguientes.

En las Epístolas se trasluce el entrenamiento ascético a que en esta

época el filósofo sometía su cuerpo como preparación para la muerte. Preveía sin duda que el capricho de su antiguo y poderoso alumno, lanzado por el camino del crimen, decretaría la suya con cualquier pretexto. Su vida, en contraste absoluto con la del Príncipe, era una constante reprensión para éste. Por eso Séneca se prepara para arrastrar con dignidad el último trance y asegura a Lucilio: «estoy preparado».

2.º Tragedias

Las auténticas son 9 (no 10 como enumera el acreditado Manual de J. Hurtado y A. G. Palencia, al haber dos obras de las **Troyanas**): 1. **Hércules furioso**, 2. **Las Troyanas** (o **Hécuba**), 3. **Las Fenicias**, 4. **Medea**, 5. **Fedra** (o **Hipólito**), 6. **Edipo**, 7. **Agamenón**, 8. **Tiestes**, 9. **Hércules Eteo**. No se conservan todas las tragedias griegas que utilizó Séneca para componer las suyas, pero su originalidad es indiscutible. Aprovecha, es cierto, a Esquilo en **Agamenón**, a Sófocles en **Edipo** y las **Fenicias**, a Eurípides y en parte también a los dos anteriores, en las demás (E. Bickel, *Röm. Lit.*, 490).

Aunque rara vez, aún es posible encontrar, sobre todo en Francia, críticas casi totalmente negativas de nuestro tragediógrafo, como esta de un manual bastante difundido (*Préc. d Hist. de la Litt. Lat.* por H. Berthaut et Ch. Georgin, 7.^a, 1954 p. 206): «La acción es casi nula; los caracteres falsos y exagerados; las descripciones, de segunda mano; los monólogos, declamatorios; narraciones inacabables reemplazan a la intriga; el gusto, detestable; el estilo, cargado de oropel y verborrea, o muy conciso, o enfático o demasiado ingenioso, extremadamente falto de verosimilitud y naturalidad». Después de semejante granizada, pocas perlas cabe esperar en nuestro trágico.

Por la irreflexiva dureza con que han sido tratadas a veces estas tragedias, indicaremos aquí, junto a ciertos asertos favorables, los autores que los señalan.

Y así, nos basta saber que «la influencia de Séneca en el teatro ha sido enorme» (K. Büchner, *Röm. Lit.*, 428) para rechazar, sin más, juicios puramente negativos, como el aducido arriba. Críticos muy autorizados (Bickel, Büchner, Bayet) encuentran muchos aciertos en estas obras teatrales, si se tienen en cuenta las circunstancias, puntos de vista del autor, etcétera.

L. Herrmann, editor y traductor de las tragedias en la colección «Belles Lettres», I, p. IV, 1924, juzga ilegítimo medir a Séneca con el único criterio de la Tragedia griega (cfr. además Büchner, 428 ss.). El uso de tal módulo le ha perjudicado mucho, dice U. Knoche («Antike», 17, 1941). Aunque Séneca imita, transforma a sus modelos, y no carece ni de fuerza dramática frente a ellos, ni de preocupaciones escénicas, ni de situaciones hondamente patéticas, como la de Andrómaca, vacilante entre el recuerdo de Héctor y el amor a su hijito, o la de Fedra, entre Tesco e Hipólito, que ha merecido inspirar a Racine.

Séneca halla ocasión, en sus tragedias, de expresar de manera indeleble, sus ideas estoicas ante el círculo de personas adonde acaso no llegaban los demás escritos, lo cual era una tendencia antigua de la trage-

dia romana, que él convierte en sistema. Así, Hércules es el prototipo del estoico en lucha contra la adversidad. En los tiempos modernos Unamuno (que hizo una admirable traducción de la *Medea* de Séneca), Sartre y otros pensadores aprovecharon también el teatro para llevar sus ideas a círculos más amplios. Las tesis estoicas las desarrolla Séneca en amplios versos, de énfasis oratorio, con una tensión de estilo que no pocas veces recuerdan a nuestro teatro clásico o al de Corneille.

Por afán de plasmar héroes estoicos, los caracteres, es cierto, no tienen la flexibilidad de la vida; mas le sirven para ofrecer a su época lo que más le faltaba. Gusta de las escenas violentas y brutales, que revelan almas monstruosas, y sabe pintar, con realismo, los tormentos del espíritu, y con anatómica crudeza, los de la carne; así, el desgarrar del cuerpo de Hipólito por entre los acantilados en *Fedra* o el aplastamiento del infeliz Astianacte en las *Troyanas*. Con ello se proponía encallecer los espíritus contra el terror de la tiranía. La cobardía colectiva de senadores y gentes de importancia, que describe la mano incomparable de Tácito, había llegado a un increíble grado de abyección ante los desmanes del tirano y sus favoritos. Por eso Séneca predicaba estoicismo a ultranza incluso en las tragedias.

Frente al tirano no suele el puñal dar resultados; en todo caso, no es el arma del hombre honrado y sensato; mucho menos del sabio. Frente a tantos que conseguían vivir con delaciones inicuas, o que a pesar de ellas perecían víctimas del déspota, era necesario presentar seres íntegros hasta el heroísmo, inflexibles hasta el martirio.

Los príncipes imponían, con demasiada frecuencia, torturas y muertes injustificadas. Y como en las tragedias, también en los tratados, pone él a menudo, ante nuestra vista los instrumentos de tormento. Pretende en ambos casos enseñar a superarlos con seguridad, si llega la ocasión de probarlos. Para despertar a los espíritus de su letargo era necesario echar mano de enérgicos revulsivos, de escenas atroces. Y si la intención de Séneca era, como muchos han supuesto para alguna tragedia, detener la loca carrera de desenfreno y crueldad de Nerón, o del príncipe en general, era forzoso poner ante sus ojos los terribles castigos que acompañan al crimen. Porque las tragedias, como las otras obras de Séneca, son moralizadoras; los grandes crímenes tienen inexorablemente grandes castigos. La tragedia griega, en cambio, no pretende moralizar, ni mostrar la justicia de los dioses directamente. En ella a menudo el hombre más inocente es el que recibe los más duros golpes de la fortuna, como sabéis por Edipo. Así, el mortal, atemorizado, aprenderá a no juzgar ni despreciar al desgraciado, a temer por sí mismo ante el insondable misterio del Destino. Esta innovación senequista, fue causa, en parte, del éxito que nuestro trágico tuvo en el Renacimiento, cuando en general se acepta la función ejemplificadora de la tragedia (por más que Shakespeare se desentiende de tal función otra vez).

C) Influencia de Séneca

Con su *Apokolokyntosis* o enalabazamiento del emperador Claudio, sátira bufa contra quien no supo mantenerse fiel al programa de Augusto,

preludia el amplio desarrollo que la sátira latina tendrá inmediatamente después de él con Persio, Petronio, Marcial y Juvenal.

El cristianismo contribuyó mucho a la influencia del cordobés a causa del espiritualismo de las doctrinas senequistas y sus tendencias moralizadoras. Desde Tertuliano y Lactancio no sólo toman los autores cristianos sentencias aisladas de Séneca, y lo consideran, igual que a Virgilio, como de casa, sino que además hacen extractos de sus obras. S. Jerónimo y S. Agustín hacen de él un precursor del cristianismo.

En la Edad Media se difunde mucho su correspondencia (apócrifa) con S. Pablo. Séneca figuraba en todas las bibliotecas importantes del medievo. S. Isidoro y Boecio demuestran conocer sus obras.

Las tragedias, impulsaron, como vimos, el resurgir del teatro desde el Renacimiento. En el s. XIV las traduce el catalán Antón de Vilaragut, el marqués de Santillana las hizo verter del italiano al castellano. El Tostado y^a traduce la *Medea* del latín.

En el siglo XV Fernán Pérez de Guzmán hizo traducir las **Epístolas a Lucilio** y Alfonso de Cartagena, algunos de los tratados. Fernán Núñez Pinchiano en el XVI publicó importantes comentarios a Séneca y otros se ocuparon de comentar y traducir sus obras filosóficas.

Senequismo hay en algunos místicos y ascéticos del XVI y XVII, en las digresiones morales de algunas novelas picarescas, como el «Guzmán de Alfarache», en la «Epístola moral a Fabio», en la tendencia aforística y sentenciosa de la literatura española y, sobre todo, en la prosa conceptista de Quevedo, en las «Empresas» de Saavedra Fajardo y en Gracián. En casos como el de Gracián, su estilo resulta en ocasiones puro remedo del de Séneca; en Quevedo es patente el influjo, pero sabe paliarlo más; en realidad, desde el s. XV hasta nuestros días no ha faltado quien mantenga en España el modo de escribir senequista, bien imitado directamente, bien a través del trío Quevedo, Gracián, Unamuno (V. Carlos Alonso del Real, «Antología de Séneca», prólogo). Observemos de paso que las semejanzas entre Séneca y Unamuno son múltiples y dignas de estudio. No sólo en el pensamiento universal, sino incluso en el estilo de grandes genios deja Séneca huella permanente. No parece que abunden trabajos detallados sobre esta cuestión, pero su influencia se ve en Erasmo, Montaigne, Corneille (en su *Oedipe* y *Medée*), Racine, (en su *Thébalde* y su *Phedre*), Schiller y Schopenhauer. La letanía de sus admiradores sería interminable.

D) Españolismo de Séneca

¿Puede ser considerado Séneca como gloria de España y como escritor español? ¿Se reflejan en sus obras algunas particularidades exclusivas de la raza hispana?

Nosotros, aunque sin aceptar como válidas todas las razones que se dan, respondemos afirmativamente con los historiadores patrios de todas las épocas.

En efecto, a pesar de las múltiples invasiones acaecidas en tierras hispanas, se ha mantenido la continuidad de raza y lengua; su ciudad natal,

con períodos de exuberante prosperidad y decadencia, ha desafiado a los siglos hasta hoy. Poco importa ante estos hechos que la noción de nacionalidad resulte algo oscura.

Por otra parte, es una característica de los escritores españoles la persistente meditación en la muerte, que induce a considerar la existencia humana como cosa de poca valía frente al valor eterno del alma y sus virtudes. Idéntica obsesión hallamos en Séneca.

Además la tragedia latina alcanza con Séneca su mayor impulso. «Para explicarlo hemos de recordar» dice Bickel, 201, «que la patria de Séneca es España, donde Calderón creó tragedias de valor universal, que perviven en el teatro hasta hoy, mientras que las tragedias italianas del Renacimiento no han tenido trascendencia en el mundo». Por fin es un hecho que este conjunto de cualidades de pensamiento y estilo senequistas reaparecen en España con reiteración sorprendente desde el Renacimiento hasta nuestros días, como dijimos. Mas ello podría muy bien ser acto de pleitesía de nuestros escritores al primer genio universal nacido en la que consideran patria común. Otros hechos, que a veces se aducen, me parecen tener poca fuerza. Tales son p. e.:

1.º Su estoicismo exclusivamente moral y práctico y no teórico.

2.º La expresión intensa y exagerada de su pensamiento, así como su estilo brillante, lapidario, sentencioso, paradójico, de frases cortadas carente del reposo y armonía clásicos.

La fuerza probatoria del primero de estos dos hechos falla si pensamos en que la tendencia a buscar el resultado práctico de la ciencia y de la filosofía es un rasgo típicamente romano, como reconoce el propio Cicerón. Séneca es sin duda, en sus meditaciones filosóficas el más auténtico intérprete del pensamiento romano de su época. «El pensamiento filosófico encuentra en él su forma acaso romana, aunque personal» (Büchner, 428).

Contra el segundo hay también serios reparos: Por un lado, Quintiliano, también español y casi contemporáneo, es el reverso de la medalla en la práctica y teoría del estilo. Preconiza la imitación de los clásicos, vuela a su solemnidad y ataca el estilo nuevo. Por otro, los historiadores consideran unánimemente el nuevo estilo como producto de las condiciones de inseguridad, atormentadas, complicadas de aquella época que Séneca supo interpretar, como auténtico servidor de Roma, mejor que nadie. Estas y alguna otra supuesta coincidencia entre Séneca y los escritores posteriores de España, carecen de fuerza probatoria, pues se trata de hechos demasiado esporádicos o demasiado amplios.

Más, como los aducidos en primer lugar mantienen toda su fuerza, está claro que Séneca, al mismo tiempo que escritor universal e intérprete óptimo del pensamiento de su época, es una auténtica gloria de España.

Este doble aspecto del filósofo es lo que nosotros hemos querido honrar en el XIX centenario de su muerte.